

LOS LIBROS

POESIA

RESPUESTA A LAS PIEDRAS.

La Editorial Elite, de Caracas, incansable difundidora del libro venezolano, y que ha publicado obras de resonancia continental, como «Doña Bárbara» de Rumbulo Gállegos, ha editado recientemente el poemario de Luis Barrios Cruz titulado «Respuesta a las piedras».

Luis Barrios Cruz, es seguramente, un desconocido para el público de este país. Sin embargo, tal vez no sea innecesario fijar en nuestra memoria el nombre de este escritor que, aunque no suponemos joven, puede darnos con el tiempo si no una sorpresa—ya que su temperamento aparece acaso un tanto limitado—por lo menos una más conseguida y pareja exteriorización de su capacidad expresiva. Algunos aciertos indudables nos lo hacen esperar así.

Empieza «Respuesta a las piedras» con un «Epígrafe» que no nos parece del todo preciso si exceptuamos, es cierto, el cuarto verso:

¡Campo venezolano
creo en ti!

¡Campo venezolano
voy hacia ti!

¡Campo venezolano
estoy en ti!

Sí, Luis Barrios Cruz, va hacia el campo venezolano, en una sostenida búsqueda, extrayendo de él sus motivos, hundiendo en él sus aspiraciones interpretativas, cantándolo en casi todo su libro, aunque a menudo en forma apagada y opaca, resintiéndose éste constantemente de vigor lírico, de vibración interior, de energías y de entusiasmo. Por esto no es difícil advertir que Luis Barrios Cruz no cree en su campo venezolano, tomando en cuenta, además, que está ausente de él la pasión y el fervor necesarios para mantener una creencia, sea ésta cual fuere. Luis Barrios Cruz más bien quiere creer, lo que ya es distinto. Pero el acto de creer casi nunca es una conclusión de la inteligencia. En «Respuesta a las piedras» está manifiesto el esfuerzo de la actitud adoptada en un sentido determinado,

por conveniencia, por sistema, porque el autor así lo desea, por lo que se quiera en fin; no por sentir espontáneo.

¡Campo venezolano
estoy en ti!

Sí, está en él el autor, pero en forma episódica, transitoria, no en un significado de permanencia que es la auténtica manera de *estar*. Y acaso ni siquiera pasajeramente está en el campo venezolano, sino sólo en el *campo* (puede ser peruano, ecuatoriano) pues Luis Barrios Cruz al hablar de campo venezolano, pretende individualizarlo, diferenciarlo, dándole su limitación geográfica. Y si exceptuamos algunos criollismos de origen campesino, algunos nombres de árboles indígenas, es decir puramente lo decorativo y pinteresco, el campo venezolano que nos presenta Barrios en nada se distingue del campo de otros países; del nuestro por ejemplo.

Vamos a comprobarlo con algunas estrofas tomadas al azar:

«La tarde me lanzó su red de
[caminos viajeros
camino pulidos por el viento del
[campo,
que acunaron árboles entornados
[más allá del crepúsculo».
(La huella perdida).

«Mi caballo es alazán. Vuelvan
[caras.
Alazán como el sol desbocado sobre
[las palmas.
Alazán como las polvaredas lla-
[meantes de la tarde.
(Mi caballo).

«Mi totuma de leche tibia
me pone sobre el labio
una paradoja de ancianidad
que me devuelve la niñez».
(Madrugada).

«La del humo anhelante,
la de la estática palmera,
la del jagúey meditabundo,
la de la paraulata sonámbula».
(Símbolo).

Este es el error de todos los que pretenden hacer nacionalismo artístico, basados sólo en exterioridades. Lo esencial, lo distintivo, lo vernáculo, no lo aprenden casi nunca. Por lo demás, como diría Perogrullo, es una insolencia circunscribir la poesía a límites geográficos.

Sin embargo, de pronto—haciendo un breve paréntesis en su libro—Luis Barrios Cruz abandona su afán de nacionalismo en «El minuto de las audacias», una de las partes en que está dividido «Respuesta a las piedras», y va a buscar sus motivos a otras fuentes, escribiendo poemas como «Reglamento de tránsito», «Réclame», etc., de realización bastante desafortunada, pues ha creído Barrios Cruz hacer poesía nueva, con unas cuantas piruetas ya muy en desuso y que si en un tiempo tuvieron su significado, hoy no pasan de ser simples lugares comunes:

«Ocurre que el señor burgués,
en cuyas manos está girando el orbe
encaramado en rueditas amarillas,
no inscribe el verso en su bolsa de
[valores:
porque nunca lo ha visto,
porque el señor burqués no se ve
[sino sólo los avisotes.
con tanto más placer si son de
[bombillas eléctricas».

Nada cuesta notar que los versos transcritos son palmariamente pedestres, incoloros, detestables, como los agrupados bajo el nombre de «Herramienta».

«En cuanto a esto, transcribo lo que me dijo el mo-
[chuelo
posado en su rama de noche:
—Su verso de Hoy no me suena. Parece hecho de hierro. Y lo que yo le dije:
—Señor de las gafas ahumadas, habla Ud. en perfecto académico. Ud. lo ha dilucidado todo, menos una menuda bagatela: que este verso no parece de hierro sino, mi buen señor, que es de hierro, etc».

Más afortunado es Luis Barrios Cruz en los «Romances de tierra adentro», de un sabroso gusto folklórico, y en las «Canciones a cuatro cuerdas»—vienen en seguida del «Minuto de las audacias»—habiendo el autor conseguido darles con nitidez, fresca agilidad; algo un tanto difícil, por lo artificioso y monótona que es esta forma métrica, que ha obtenido en estos últimos años un verdadero renacimiento en el idioma español, Sin duda no es extraño a él Federico García Lorca, pues es fácil constatar que después de la publicación de su admirable «Primer romancero gitano», muchos escritores jóvenes, tanto de América como de España, han empezado a cultivar el romance, si no con el mismo resultado valorativo, por lo menos con muy remozada novedad. Entre estos últimos, Luis Barrios Cruz, en el que se advierte también una permanente frecuentación de

los Romances de Federico García Lorca. No es que Barrios Cruz lo imite, pero si nos lo recuerda a veces en sus imágenes. Podemos comprobarlo:

Un filo de gallo agudo
se ha puesto a podar la tarde.
(Barrios Cruz)

Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora
(García Lorca).

No hay duda que los versos del autor de «Respuesta a las piedras» están inspiradas en los de García Lorca. Felizmente esto no sucede a menudo y la influencia del poeta español es más bien formal, asimilada con clara inteligencia, pues Luis Barrios Cruz logra destacar sus cualidades personales. Menos concreto, menos conciso, menos abundante en elementos interiores que el peninsular, es, sin embargo, como éste, tenso de emoción; emoción sabiamente involucrada en las imágenes que están construídas con armoniosa plasticidad y apoyadas casi siempre en finas y certeras transposiciones.

Vemos el poemita «Todos tiran su pregunta» donde se encuentran reunidas casi todas estas cualidades:

En este camino largo
hay una cruz a la vera,
y cuantos pasan le tiran
la pregunta de una piedra.
En este largo camino
colector de polvaredas
todos tiran su pregunta
con un ademán de siembra.
Todos tiran su pregunta,

interrogación de piedra.
¡Y es el camino tan largo
y la cruz es la respuesta!

Terminaremos refrendando lo dicho en el segundo párrafo: acaso no sea inútil esperar que Luis Barrios Cruz nos dé una más sostenida exteriorización de su capacidad poética, pues algunos aciertos—como el que dejamos transcrito—nos lo hacen—esperar así.
—*Arturo Troncoso.*

ARTHUR VIEIRA, *Poetisas de Portugal.*

Difícil tarea la que emprendió Arthur Vieira, y es harto sensible que no haya logrado lo que pretendía: convencer de que Portugal tiene veinte y una poetisas de mérito.

Ningún país de la tierra reúne en la historia de su literatura más de cinco o seis gloriosos nombres femeninos que cultivaron la poesía. Ahorremos las citas, ya que la historia literaria de Francia, España, Inglaterra y Alemania no me dejará mentir. En toda la América española apenas si la obra de seis o siete mujeres atravesará los años que vendrán.

Aunque se reproducen en el bien intencionado trabajo de Vieira (1) escasas poesías de las mujeres que presenta, y las traducciones son, por lo general, mediocres, cuando no malas del todo, como ese «Fatal Orgullo» de la página 36, bastan las muestras que nos da para apreciar las cualidades de sus autoras.

Alice Ogando, María de Carvalho y Virginia Victorino son grandes temperamentos poéticos, con obra ya realizada. Lástima que de la segunda no se hayan traducido los tres «sonetos clásicos» en la literatura portuguesa, a que Vieira hace referencia. Y es lástima, también, que Eduardo Marquina, el gran traductor de Guerra Junqueiro, no haya vertido al español la obra de estas tres mujeres admirables.

Algunos reparos de cierta importancia quiero hacer a la obra que comento. En la página 12 asegura el autor de esta antología que ha tratado de ajustar, lo más perfectamente posible, la traducción al original. Y es este un grave error que bien caro se ha pagado en los poemas traducidos. La versión literal es ya un contrasentido en la literatura moderna, porque la emoción poética no puede tener, en dos idiomas, iguales medios de manifestarse.

Otro grave error es la importancia exagerada que concede al soneto en algunos párrafos de la página 21, justificando con ello el que casi todas las poesías que ha vertido al castellano tengan esa forma, lo que da cierta monotonía fastidiosa a la obra.

Con esta conferencia que el señor Ministro de Portugal en Chile, ha editado generosamente, aparece Vieira como un hombre de cultura no común, enamorado de su tierra lusitana y patriota consciente.

Ojalá que dedique un estudio más detenido, y con traducciones en verso, hechas por él mismo, a la

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.